

UN CENTÍMETRO TE FALTA

UN CENTÍMETRO TE FALTA

Quique Gallo

Durii

A LOS QUE ESTUVIMOS,
ESTAMOS Y ESTAREMOS.


CALMA/
ALBOROTO
LA
PUERTA
PUERTO
CALMA/
ALBOROTO
PLAYA
PLAZA
PUEBLO

MI CALAIRE



L.G

1

Tomás nació un diez de julio, a mediados de los ochenta. Uno de los primeros recuerdos que tenía era en casa de sus abuelos, en Calaire, el pueblo donde pasaba los meses de verano. Tomasito tenía tres años y corría por el salón intentando zafarse de su prima Teresa, varios años mayor que él, que le perseguía entonando una melodía infantil. «¡Tomasito tiene celos, Tomasito tiene celos!», y Tomás, sin entender nada, gritaba: «Que yo no tengo *pelos,* ¡yo no tengo *pelos*!». Pero claro, al tocarse la cabeza notaba que allí arriba estaban los pelos, y cuando miraba las cabezas del resto de personas comprobaba que también eran peludas, menos la del tío Ricardo, que estaba cada vez más calvo. Incluso la cabeza de su prima, que ahora se burlaba de él por tener pelos, estaba repleta de largos cabellos rubios. ¿Por qué era malo que él tuviera pelos? Cuando por fin consiguió dar esquinazo a Teresa escondiéndose detrás del sofá se puso a llorar sin saber muy bien por qué.

Unas semanas antes había nacido su hermano César, o Cesarín, como a veces le llamaban. Al igual que Tomás, también había nacido en el mes de julio, pero a finales. Y cuando empezó a tener algo de conciencia, Tomás se percató de que el cumpleaños de su madre era también en julio, un par de días después que el de su hermano. Cuando en la familia repararon en que el padre, que además se llamaba Julio, cumplía un veintinueve de junio, decidie-

ron retrasar la fecha y pasar el cumpleaños al día uno del siguiente mes para empezarlo por todo lo alto. Al haber tantas celebraciones, la casa de los abuelos estaba repleta de gente, ya que para esas ocasiones venían también los tíos y la prima de Tomás, que vivían en el pueblo durante todo el año, unas calles más allá. Calaire era una auténtica fiesta.

Tomás se trasladaba con sus padres al pueblo durante la última semana de junio, cuando acababa el colegio. Hasta que les llegaban las vacaciones, los padres de Tomás iban cada día a trabajar a la ciudad, que quedaba a una media hora en coche de Calaire. Se levantaban prontísimo, a las cinco y media, y Valentina, la madre de Tomás, siempre que salía la conversación decía que a esa hora ella no era persona. Tomás no podía comprender cómo mamá podía no ser persona si él la veía siempre con cabeza, pies, manos y pelos, como al resto de la gente, y le preguntaba si cuando no era persona su cuerpo era distinto, como el de un cangrejo, o si se quedaba calva. Valentina le miraba extrañada y le decía que el cuerpo era como siempre pero que a esas horas lo notaba muy pesado y le costaba mucho levantarse. Tomás se imaginó a mamá hinchada e incapaz de moverse de la cama y la abrazó fuertemente cerrando los ojos. Él nunca se había despertado a esas horas de la noche y desconocía por completo cómo era la vida sin ser persona.

Una noche, de repente, se despertó. El reloj digital que estaba sobre la mesita marcaba las cinco y veintiséis. Se asustó. Sabía que le quedaban unos minutos para dejar de ser persona. Contó con los dedos de las manos cuántos exactamente, pero la operación le costaba porque siempre se liaba cuando se quedaba sin dedos para contar. Después de iniciar la cuenta varias veces desistió, y al mirar nue-

vamente el reloj ya marcaba las cinco y veintiocho. Sabía que cuando el último número se convirtiera en un cero estaría sentenciado. Se quedó expectante mirándose los brazos y las piernas por si estaban hinchados, pero por el momento su cuerpo parecía ser el mismo de siempre. Quizás se hincharía de repente, sin previo aviso, al llegar el minuto fatídico. Se tocó la cabeza y allí seguían los pelos.

Observó la habitación. La luz de las farolas de la calle se colaba por los agujeritos de las persianas a medio abrir y pintaba las paredes y el techo con unas cenefas rectangulares de color ocre y bordes redondeados. En un momento dado se escuchó el ruido de un motor en la calle y, a medida que el sonido se acercaba y se hacía más fuerte, las cenefas comenzaron a moverse de un lado a otro, cada vez más rápidamente, respetando un orden difícil de descifrar. Tomasito nunca había visto esas luces antes y le hipnotizaron un poco. Cuando pasó el ruido del motor y se perdió a lo lejos, la casa quedó en una quietud y un silencio que contrastaba con la algarabía que reinaba durante el día. Cesarín dormía en la cama de al lado. Estaba quieto y respiraba profundamente, con regularidad. Tomás se preguntó si su hermano también dejaría de ser persona a las cinco y media. La suerte que tenía, pensó, es que de ser así no se iba a enterar de nada. Volvió a mirar el reloj. Eran las cinco y veintinueve. Aunque hacía calor cogió la sábana y se tapó con ella hasta la cabeza e instantáneamente empezó a sudar. Cerró los ojos y enseguida escuchó unos pitidos agudos, cortos y repetitivos que provenían del exterior de la habitación, a los que siguieron unos sonidos de muelles y unos resoplidos que parecían de animales. Con cuidado bajó la sábana y asomó los ojos. Todo parecía estar igual que antes, excepto por los ruidos. El reloj marcaba las cinco

y treinta y uno. ¿Era o no era persona? Desde luego que su cuerpo no estaba hinchado y él se sentía ligero. La situación le mantenía activo y en alerta. No le costaba moverse como le había dicho su madre. El temor había dejado paso a una especie de excitación curiosa por los ruidos que se producían fuera de la habitación, así que, sigilosamente para no despertar a su hermano, que seguía sin hincharse, salió de la cama y se asomó por la puerta. La habitación contigua, que era la de sus padres, estaba iluminada y los ruidos de animales se habían convertido en sonidos de pasos y de cajones abriéndose y cerrándose. De repente, una figura salió de la habitación de al lado. Era su madre o, mejor dicho, su madre sin ser persona. Iba vestida con un camisón y se dirigía hacia el baño. Se metió en él y dejó la puerta entornada y Tomás, con pasitos lentos tratando de hacer el menor ruido posible, la siguió. Cada vez que algún mueble crujía a su paso se apoderaba de él un estremecimiento que le causaba una emoción desconocida. Se sentía como un intruso, como si fuera la única persona en un mundo de no-personas. Cuando llegó al baño y se asomó por la puerta entornada pudo ver a su madre sentada en el váter con los ojos medio cerrados y una cara que nunca había visto antes. Efectivamente, la tenía un poco hinchada y un poco roja, y unas marcas lineales se imprimían en sus mejillas, síntoma inequívoco de que a las cinco y media su cuerpo se había inflado como un globo y poco a poco se iba deshinchando. Con movimientos de autómata la madre cogió un trocito de papel higiénico, se lo pasó entre las piernas, lo tiró al váter, se levantó, se subió las bragas, tiró de la cadena, se puso delante de la pila, abrió el grifo, se mojó las manos, cerró el grifo, y empezó a hacer muecas extrañas frente al espejo, abriendo y cerrando la boca

intermitentemente. Tomás nunca la había visto actuar de esa manera y no podía apartar la mirada. La no-persona se había apoderado completamente del cuerpo de su madre. Pero ¿seguía siendo su madre? ¿O quién era esta mujer? Y si era una no-persona, ¿sería posible que siguiera siendo una mujer? ¿O era una no-mujer? Entonces, ¿qué o quién era su no-madre?

La no-persona de su madre se quitó el camisón, se desnudó completamente y se metió en la ducha y en ese momento Tomasito se acordó de su padre. Furtivamente se acercó a la habitación y asomó un poco su cabecita a través de la puerta. Pudo comprobar que su padre estaba más hinchado que su madre, aunque durante el día también era así, ya que tenía una barriga prominente. No en vano, cuando iban juntos a la playa y se bañaban en el mar, Tomasito había inventado un juego al que llamaba «la caza del *obesaurio* marino», que consistía, y el título no engañaba a nadie, en dar captura al ballenato ancestral. Al igual que le pasaba a su no-madre, los movimientos de su no-padre eran automáticos, como si no pudiera hacer ninguna otra cosa que las que efectivamente hacía. En calzoncillos, delante del espejo del armario, se ponía una camisa y se iba abrochando los botones de arriba a abajo, uno después de otro, con la mirada clavada en el espejo, ausente. Después se ponía los pantalones, se sentaba en el borde de la cama y se ponía los calcetines, y luego un zapato y el otro. A diferencia de la vida real, en la que era jovial y alegre, su no-padre estaba completamente serio y parecía aburrido. ¿Pero era la otra vida la real o lo era esta?

Tomasito estaba completamente fascinado con el cambio tan drástico que producía el hecho de no ser persona. Al escuchar que la puerta del baño se abría, apresu-

radamente volvió a su habitación y se metió en la cama, percatándose de que había hecho más ruido del necesario para no ser descubierto. A los pocos segundos, cuando ya estaba tumbado, vio cómo una figura entraba en la habitación. Era la no-persona de su padre e instantáneamente Tomasito cerró los ojos haciéndose el dormido. Cuando el no-padre comprobó que los niños estaban durmiendo entornó la puerta y volvió a su habitación.

Tras varios minutos en los que se sucedieron diferentes clases de ruidos, Tomás escuchó que la puerta de la casa se cerraba y volvía el silencio anterior a las cinco y media. No podía comprender muy bien por qué él había seguido siendo Tomás en lugar de no-Tomás. Cesarín seguía durmiendo en la misma posición que antes y parecía que continuaba siendo su hermano y no su no-hermano. Con la cabeza llena de preguntas, Tomás pensó que quizás el hecho de no ser persona tenía que ver con la edad. Lo que tenía claro después de lo que había visto es que él prefería seguir siendo una persona en un mundo de no-personas y, aunque estaba preso de una excitación nerviosa, al rato volvió a dormirse.

Unas horas más tarde, ya por la mañana, se levantó y lo primero que hizo fue acudir a la cocina, como hacía siempre. La abuela Carmen le preparaba el desayuno y Tomás se quedó observándola atentamente. También había algo de automático en sus movimientos, y empezó a sospechar que era su no-abuela. Cogía un cazo, lo ponía sobre el fogón, lo llenaba de leche, abría el gas, encendía el fuego con una cerilla, abría el Cola Cao, y ponía una cucharada en un tazón. Pero, a diferencia de sus no-padres, la abuela no estaba seria, sino que canturreaba una cancioncilla y parecía contenta. Roseta, la vecina de la casa de enfrente,

se asomó por la ventana de la cocina y las dos abuelas se pusieron a hablar alegremente mientras Carmen seguía a lo suyo. Llenó el tazón con la leche caliente, que cambió de color al mezclarse con el Cola Cao, y tras remover la mezcla con la cucharilla le acercó el tazón a Tomás, mientras le decía a Roseta que su marido había salido a caminar un poco por recomendación del médico. Tomás no le había quitado el ojo de encima en todo el rato y cuando Roseta se marchó le preguntó:

—Abuela, ¿tú a qué hora te levantas?

—Uy, cariño, yo soy muy mayor y me levanto muy temprano.

—¿Pero a qué hora?

—Pues a las siete, que tengo muchas cosas que hacer en la casa.

—¿Y a esa hora ya es de día?

—Sí, cariño, a esas horas en verano ya es de día. En invierno todavía no, porque amanece más tarde.

—¿Y el abuelo?

—Tu abuelo igual.

—¿Y por qué nunca me prepara el desayuno? —preguntó Tomás mientras seguía con la vista los movimientos de la abuela Carmen por la cocina.

—Tu abuelo está enfermo y necesita moverse un poco por las mañanas y se va a caminar temprano, que luego hace mucho calor.

—Ya, pero antes tampoco me lo preparaba...

—Bueno, eso es porque es un vago y nunca ha hecho *na*. Ni ahora ni antes. Ni cuando tu madre era pequeña, que el día después de haber parido se fue con el Antonio a almorzar… ¡y llegó por la tarde! Y yo con tu madre, una

criaturita de un día... ¡Si es que tendría que haberle puesto los puntos sobre las íes! ¡Mucho me he *callao* yo!

—Igual es porque no era persona ese día, ¿no?

—Tu abuelo no ha sido persona ni ese día ni ninguno. Mucha cara dura, eso sí. Y luego muy de misa y de familia beata, pero arrimar el hombro, lo que se dice arrimar el hombro, *na* de *na*. ¿Tú sabes que a tu madre le cambié yo el nombre y le puse Valentina?

—¿Por qué?

—Pues porque el día ese en que tu abuelo se fue con el Antonio entendí que en este mundo había que ser muy valiente para ser mujer. Y bueno, que yo ya había *pasao* lo mío también. Que me mataron a mi padre en la guerra y mi madre se murió al poco de la pena, y me las tuve que apañar yo sola desde bien jovencita. La de cosas que me han *pasao*. Que me tuve que marchar de mi pueblecico allí en *Graná* y me puse a dar tumbos hasta que acabé aquí. Ya te contaré algún día, ya. Ojalá nunca vivas una guerra, mi vida, ojalá. Es lo peor que hay. Así que a tu madre le puse Valentina, para darle fuerzas por lo que le pudiera venir. Tu abuelo quería ponerle Natalia, por el santoral o yo qué sé, cosas de antes. María Natalia Josefa quería ponerle, cágate, porque su madre se llamaba Josefa. Y María por la virgen, que su familia era muy religiosa. Lo escuchas hoy y da hasta *yuyu*. Solo hubiera *faltao* que le pusiera Simona también, como tu abuelo, su padre y todos los hombres de esa familia, todos Simón. Si es que siempre han sido unos *anticuaos*. María Natalia Josefa Simona, no te jode. Ya estaba decidido, y si no recuerdo mal, al día siguiente o al otro íbamos a ir al registro, pero ese día, cuando volvió de estar con el Antonio, yo le dije que *nanai*, que se llamaría Valentina. Y así fue. Con Valentina se quedó.

—A mí Valentina me gusta mucho.

—Sí, a mí también. Y en aquella época no había ninguna Valentina más en todo el pueblo. No era un nombre que se llevara mucho en aquel entonces. Me costó lo mío convencer a la familia de tu padre, no te creas, menudos beatos meapilas que eran. Pero por mis santos ovarios que lo conseguí, que al final la que había parido era yo, no te jode.

—¿Pero tú cuántos años tienes, abuela?

—Uy, el niño este, que nos ha salido preguntón. Lo de la edad no se pregunta. ¿No lo sabías?

—¿Por qué no sé pregunta? Si a mí me lo preguntan un montón de veces.

—Pues no se pregunta porque en este pueblo son todas unas chismosas, y luego van largando por ahí que si *pa* tu edad no sé qué y no sé cuántos. Que a mí me da igual decirlo, eh, pero es que luego no paran de criticar las meapilas esas y al final me ponen de los nervios.

—¿Pero entonces cuando me pregunten a mí yo no tengo que contestar que tengo ocho años?

—Tú sí que puedes contestar, no es lo mismo con los niños.

—¿Pero entonces no puedo saber cuántos años tienes?

—Ay, este niño... Yo sin cuenta.

—¿Cincuenta?

—No, no, *sin* cuenta. Así que calladito y a desayunar. Anda, anda, tómate la leche antes de que se enfríe.

—Es que está muy caliente, abuela, y hace mucho calor.

—Hace mucho calor porque es verano y es mi época favorita del año —dijo Carmen mientras pellizcaba las

mejillas de Tomás—, que el pueblo en invierno está muy muerto y además ahora estáis vosotros aquí.

Le dio un sonoro beso que le dejó la mejilla empapada y abandonó la cocina canturreando. Parecía que la abuela no era sospechosa de ser su no-abuela. Estaba como siempre, activa y risueña. Tomás tenía cada vez más claro que el hecho de no ser persona se debía a la edad, y probablemente al hecho de ser un varón, ya que su abuelo no había sido persona ni ahora ni nunca. Lo que había olvidado preguntarle a la abuela era si el abuelo Simón había sido persona cuando era un recién nacido, aunque le costaba mucho imaginarse a su abuelo siendo un recién nacido. Igual, si eras hombre, llegaba un momento en que empezabas a ser no-persona y ya no te lo quitabas de encima. El tema sería saber cuándo llegaba ese momento. Papá parecía sentenciado, como el abuelo. Pero para mamá todavía había esperanza. Lo que no tenía claro es si la abuela Carmen había dejado de ser persona en algún momento de su vida. De ser así tendría que haber llegado otro momento en que volviera a ser persona. Por ahora parecía que ni los niños ni las abuelas sufrían esa metamorfosis. De todas maneras, la cosa pintaba mal para los hombres. Tomás pensó que de momento él estaba a salvo, pero se abrió el pantalón corto del pijama y se miró la entrepierna y, aunque estaban a casi treinta grados ya de buena mañana, un escalofrío le recorrió la espalda.